

ra es algo más que un repertorio de ensoñaciones exhibicionistas y la política la disputa de un puerto en folklóricas listas electorales. De todos los que crean que si una sirve para movilizar, la otra debe servir para la transformación del mundo. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.

Los vecinos unidos

Alrededor del cuarenta por ciento de los españoles viven en ciudades mayores de cien mil habitantes. Según el censo de 1970 eran treinta y ocho estas agrupaciones urbanas. Y la tendencia a la concentración es creciente. "España es una sociedad urbanizada", dice Jordi Borja en su pequeño manual "Qué son las Asociaciones de Vecinos" (Editorial La Gaya Ciencia, Biblioteca de Divulgación Política, 1977).

Borja, que lleva varios años vinculado a los movimientos populares ciudadanos y el Centre d'Estudis d'Urbanisme, se pregunta por el futuro de las Asociaciones de Vecinos en el marco de una sociedad democrática. Y su pregunta no es una pregunta retórica. Porque si alguien considera que las Asociaciones de Vecinos (constituidas en su mayor parte a partir de la Ley de Asociaciones de 1964) pueden desaparecer cuando haya unos Ayuntamientos democráticos o cuando las aspiraciones populares manifestadas a través de ellas hallen otros cauces, la realidad es que dentro de las propias Asociaciones la respuesta parece ser muy diferente.

En lugar de desaparecer por falta de tarea su importancia aumentará. Al potenciarse la vida social y colectiva, se potenciará la vida de los barrios y, por tanto, el instrumento para esta vida comunitaria que son las Asociaciones. Estas serán, además, portavoces de las reivindicaciones y aspiraciones de los barrios, una especie de organización del "sindicalismo ciudadano". Por otra parte, no parece que las fuerzas democráticas que intervinieron en su creación y fomento, vayan a tener interés en desmantelarlas, sino muy al contrario. Y así señala Borja en su "Conclusión" una serie de tareas de estas Asociaciones (luchadoras por la democracia a nivel municipal) en el presente y en el futuro. Entre ellas el logro de una serie de

"derechos sociales" (vivienda, equipamiento social, etc...) que precisarán de suelo municipalizado, recuperaciones de espacio para uso público, papel dirigente del sector público... ■ V. M. R.

TEATRO

"Divinas palabras", un montaje justificadamente polémico

Al fin, en el renovado e inmenso Monumental, presentación madrileña del montaje que Víctor García ha hecho de "Divinas palabras", de Valle, para la compañía de Nuria Espert. Muchas capitales españolas conocen ya el espectáculo, visto también por una serie de lugares claves del teatro occidental, como, por ejemplo, el Chaillot, de París, donde —fenómeno sin precedentes tratándose de un texto dicho en idioma extranjero— permaneció durante un mes... Doy estos datos para aclarar que esta vez —y me parece excelente— se subvierte el orden habitual. La crítica madrileña deja de ser decisiva en la valoración de un recién nacido espectáculo, para encontrarse ante un trabajo que tiene ya su historia y sobre el que sólo cabe incrementar la lista de pronunciamientos.

Bueno es decir al respecto que la lista es decididamente polémica e inusitadamente apasionada. Comentaristas ha habido que, partiendo de la significación testimonial y de la raíz gallega de "Divinas palabras", han considerado que el montaje de Víctor García minimizaba el entramado de relaciones sociales, el juego entre el sexo, la religión, el temor, la ignorancia y la economía. Desde esta perspectiva, el montaje de Víctor García habría establecido una especie de ordenación emocional, dando a las pasiones —la avaricia, la lujuria, etcétera— un valor substantivo, demasiado despegado del ámbito concreto en que se generan. El mismo texto saldría un tanto malparado de esta concepción

de la obra, enturbiada la comprensión de sus términos —y no olvidemos que la prosa de Valle es una de las más admiradas de nuestra literatura moderna— por el grito casi sostenido de los actores, muy consecuente, por lo demás, con el propósito general de la puesta en escena: trascender cualquier ilustración naturalista para situar el drama en un clima de delirio.

Con esto último acabamos de apuntar la clave de las argumentaciones hechas a favor del trabajo de Víctor García.

El escenario, lejos de plegarse a las exigencias lógicas del argumento, intenta crear una poética de ritmos y de imágenes que lo trascienda. Es decir, que alcance a revelar una realidad visceral, subyacente tras la materia visible de la anécdota. A Víctor García no le importaría trabajar a menudo contra el mismo texto, planteando con ello una interrogación fundamental sobre la naturaleza de la sustancia dramática; sobre si ésta está siempre en concordancia con el texto o si puede estar en pugna con él; sobre si un dramaturgo propone,

ante todo, conflictos, o si tales conflictos son inseparables de las palabras. El tema es, quizá, demasiado complejo para abordarlo en estas líneas. Pero un mérito, que, sin duda hay que reconocerle a la puesta en escena de Víctor García, es el de plantearlo. Si, a estas alturas, cuando Valle es ya un autor regularmente representado, todavía no hemos visto un montaje de su teatro unánimemente aceptado, deberemos convenir que su dramaturgia plantea una serie de inciertas alternativas. Quizá —y ésta sería una de las características de su genio— porque sus obras mezclan una serie de elementos generalmente tenidos por contrarios, el esperpento y el género chico, la situación límite y el diálogo coloquial, la gracia y la trascendencia, lo cotidiano y lo fantástico, Brecht y Beckett, el cuadro minuciosamente retocado y el desorden romántico, antinomias que podemos superar teóricamente, pero que resultan, hoy por hoy, ingobernables sobre un escenario. En última instancia, quizá pueda decirse que un autor si-



Nuria Espert en la presentación en Madrid del montaje que Víctor García ha hecho de "Divinas palabras", de Valle-Inclán.